

EL SER DE LOS ENTES CANTA EN LA POESÍA. EL ENCUENTRO ENTRE POESÍA Y METAFÍSICA SEGÚN MAURICIO BEUCHOT

P. Guillermo Méndez, OP¹

ABSTRACT:

Mauricio Beuchot, in his book: Poetry and the Being. The intercrossing of the metaphysical and poetic discourse deals with the links between metaphysics and poetry, wishing to give each a just place, and take their relationship into consideration. This is how he asks and replies: How can two things that seem so different be articulated? Is there any mediation between the two? Reading the Chapters I, II, and III of the above-mentioned book, we shall try to answer such questionings (inquiries), by a close follow-up of thought, discourse and terms used by this Latin-American philosopher.

KEYWORDS: *Mauricio Beuchot, metaphysics, poetry, metaphor, metonymy.*

PRESENTACIÓN ¿QUIÉN ES MAURICIO BEUCHOT?

Nora Matamoros Franco en las Memorias del XI Congreso de Filosofía Latinoamericana (de 2005) nos presenta a Mauricio Beuchot como un filósofo contemporáneo latinoamericano, al cual se le reconoce por su propuesta de *Hermenéutica analógica*.

1 Guillermo Méndez, fraile dominico, graduado de Antropólogo en la Universidad Central de Venezuela, quien en la actualidad se desempeña como Docente del Departamento de Humanidades y Formación Integral de la Universidad Santo Tomás (Bogotá), estudia en la Facultad de Teología y la Maestría en Filosofía Latinoamericana de este claustro universitario colombiano y está inscrito en los Grupos de Investigación fray Gustavo Gutiérrez (Facultad de Teología-USTA) y fray Bartolomé de Las Casas (Maestría en Filosofía Latinoamericana-USTA). Correo electrónico: gm1974op@gmail.com.

Beuchot nace el 04 de marzo de 1950, en Torreón (México). Cursa estudios en la Orden de Predicadores, la Universidad de Friburgo, el Instituto Superior Autónomo de Occidente (ahora Universidad del Valle de Atemajac) en la ciudad de Guadalajara (Jalisco-México) y la Universidad Iberoamericana de México.

Se ha desempeñado como investigador del Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), siendo miembro del consejo de redacción de diversidad de publicaciones dentro y fuera de la república mexicana y director de buen número de proyectos de investigación. Ha ejercido como docente del Centro de Estudios de dominicos en México, de la Universidad Iberoamericana en la capital de su país y la UNAM, participando en varias asociaciones científicas y recibiendo galardones en el área académica. Ha colaborado en el Consejo Nacional de Ciencias y Tecnología de su país, en el Comité Evaluador de proyectos de investigación de aspirantes al Doctorado en Letras Clásicas de la UNAM y en la Comisión Arquidiocesana de Justicia y Paz del Arzobispado de México (como teólogo consultor).

El trabajo de Beuchot toca la historia del pensamiento latinoamericano y va más allá del mismo. Su conocimiento del latín le ha permitido conocer a pensadores novohispanos en su propia lengua y, en especial, a autores del medioevo. Desde su reflexión se ha podido acercar al nominalismo, para luego aproximarse a la filosofía del lenguaje. Este escenario filosófico ha sido el caldo cultivo para llegar a su *Hermenéutica analógica*. Su empeño académico, su búsqueda de la verdad y de respuestas para el convulsionado presente parece ser un compromiso necesario ante problemas contemporáneos, como lo es el solipsismo, ya que éste nos empuja hacia paradigmas absolutos y relativismos radicales, que impiden diálogo, tolerancia y convivencia.

La hermenéutica analógica cree en el logos (la palabra) del hombre, puesto que considera que al decir algo se otorga sentido, dándose con la palabra (el logos) compromisos, asumir posturas ante la realidad. Si la analogía resulta capaz de apuntar al ser (que se muestra huidizo), también nosotros seremos capaces de comprometernos y definirnos con la palabra analógica. Así, es como la analogía se convierte para para este filósofo mexicano en canal para lograr conocimiento, comprender, hablar, comprometerse, tomar partido, dar sentido.

Entonces, se descubre el potencial ético del lenguaje, que además, funda los sentidos y define al mundo. El lenguaje es una herramienta limitada, que en ocasiones falla. Pero las más de veces, el lenguaje puede alcanzar la verdad y descubrir la vida. Beuchot parece que cree en el logos del hombre, pero lo asume

como es: limitado. Desde ahí descubre sus alcances, que puede ser más. No teme a la naturaleza humana, sino que le aconseja tomar la vía de la analogía, para que no se desvanezca en relativismos (equivocistas) y/o absolutismos (univocistas), que se revisten con ropajes de actitud humana, con camuflaje que las hace ver como civilizados, pero que en verdad lo que hacen es negarse al compromiso y a la toma de partido ante la realidad; es decir, se resisten a enjuiciar la realidad donde se ponen en pie. De tal forma, este filósofo mexicano nos propone enfrentar la crisis de sentido que viene desde la modernidad.

El presente trabajo es resultado de la participación en la Cátedra de Metafísica en América Latina de la Maestría en Filosofía Latinoamericana-USTA (en 2013).

Introducción

Mauricio Beuchot señala que en su libro *El ser y la poesía. El entrecruce del discurso metafísico y el discurso poético* abordará los vínculos entre metafísica y poesía, aclarando que no busca igualarlas, de tal forma que sean intercambiables, sino todo lo contrario, desea dar a cada una su justo lugar y considerar su relación, explorando “el hecho de que muchos poetas –entre ellos Machado– y muchos metafísicos –entre ellos Heidegger– han visto que el ser se coloca en la poesía, canta en el poema...” (2003: 9). Por eso, pregunta y responde: ¿Cómo relacionar dos cosas que parecen tan disimiles? ¿Existe alguna mediación entre ellas? En las siguientes páginas presentamos la reseña de los capítulos I, II y III de tal obra, pretendiendo captar el sentido que este filósofo mexicano ha querido imprimirles, siguiendo fielmente el discurso y las palabras usados por el mismo.

I.- POSIBILIDAD DEL ENCUENTRO ENTRE POESÍA Y METAFÍSICA: ALGUNOS EJEMPLOS

Mauricio Beuchot señala que este primer capítulo versará sobre “la misma posibilidad de conectar la poesía con la metafísica...” (2003: 15), asumiendo que la primera es capaz de enriquecer a la segunda. Para ello tomará casos donde se evidencie la universalidad poética (cercana a la metáfora), la cual puede ser reorientada en forma metafísica (cercana a la metonimia), al estimulársele para alcanzar la abstracción propia de la última. La poesía no es metafísica, aclara este autor, pero al tiempo considera que “atendiendo a la poesía, la metafísica que hagamos será más significativa para el hombre...” (2003: 15). Así, en vez de renunciar a hacer metafísica, como lo hizo Heidegger, Beuchot propone recuperar

la voz del *Ser de los entes que canta en la poesía* para que ésta hable ahora desde una metafísica reconstruida, replanteada.

La poesía ha servido en diversidad de ocasiones como camino para llevar a la metafísica. La primera muestra elementos con densidad y hondura, sin embargo, ellos se encuentran en un grado de abstracción metafórico, propio de la razón poética. Se requiere reconducirlos hacia la razón metafísica, introducirlos en procesos de abstracción propios de la metonimia. Esto es posible porque la analogía contiene a la metáfora y a la metonimia: “la poesía y la metafísica, comparten la analogicidad...” (Beuchot, 2003: 16), tienen áreas en común.

A continuación Beuchot citará poetas que, según su opinión, han sabido plasmar contenidos metafísicos en formas metafóricas. Cita a Antonio Machado, el cual parece comprender a Heidegger (o se acerca mucho a su postura) en relación al tema de “introducir el tiempo en el ser, conjugar el ser y el tiempo...” (2003: 17). En su poema *Recuerdo infantil (de Juan Mairena)* señala:

Mientras no suene un paso leve
y oiga una llave rechinar,
el niño malo no se atreve
a rebullir ni a respirar.
El niño Juan el solitario,
oye la fuga del ratón,
y la carcoma en el armario,
y la polilla en el cartón.
El niño Juan, el hombrecito,
escucha el tiempo en su prisión:
una quejumbre de mosquito
en un zumbido de peón.
El niño Juan está en el cuarto oscuro,
donde su madre lo encerró;
es el poeta, el poeta puro
que canta: ¡el tiempo, el tiempo y yo! (Machado en Beuchot, 2003: 17-18).

Machado presenta a Juan de Mairena como un niño que es aprendiz de poeta y aprendiz de metafísico, el cual, en medio de su inocencia, todavía no entiende ¿Qué es lo propio de la metafísica?, a saber, “el paso del tiempo por el ser...” (Beuchot, 2003: 18). El transcurrir del tiempo denuncia la presencia del ser, al ponerlo en evidencia por la distancia y la diferencia de su manifestación en

el ahora, el ayer y el mañana, mostrando con ello las alteraciones, a veces muy sutiles, que en aquél se suscitan.

Ahora Beuchot remite a un poema compuesto en 1920 por Federico García Lorca, donde se muestra de igual manera “el paso del tiempo, el desgaste del ser...” (2003: 18), titulado *In memoriam*:

Dulce chopo,
dulce chopo.
te has puesto
de oro.
Ayer estabas verde,
un verde loco
de pájaros
gloriosos.
Hoy estás abatido
bajo el cielo de agosto
como yo bajo el cielo
de mi espíritu rojo.
La fragancia cautiva
de tu tronco
vendrá a mi corazón
piadoso.
¡Rudo abuelo del prado!
Nosotros
nos hemos puesto
de oro (García Lorca en Beuchot, 2003: 18-19).

Este poeta proyecta sus sentimientos hacia las cosas que están en su entorno. Por ello, nos dice Beuchot, aquí lo que parece cambiar es la propia vida del poeta, por tanto, es él mismo quien experimenta el paso del tiempo y se ve afectado por ello, al constatar que el tiempo ha ido avanzando y consumiendo su propia vida. De agosto, con su verde y su canto, se pasa en poco tiempo, a lo que está ya agostado, lo que se agobia, se desgasta y se sofoca por el calor, dorándose en el otoño y secándose luego al llegar el invierno. El aroma esplendoroso del tronco cautiva al corazón del poeta, que lo reconoce y lo recibe, a pesar de la propia vejez. En nosotros ocurre lo mismo, se ha dado el paso del tiempo. Huye la vida. Deviene una ansiedad ante la posibilidad de morir y se nos empuja a meditar sobre el enigma de nuestra propia existencia, empuja hacia la reflexión metafísica.

Otro poeta, un poco diferente, Pedro Salinas, “quien habla de otra experiencia ontológica, la del contacto con el paisaje...” (Beuchot, 2003: 20), ubica al hombre en el universo, ante el cual es como nada más que polvo, pero siempre formando parte del mismo universo. Para esto, menciona el nacimiento de un niño, de su propio hijo, que presenta como también prole e integrante del cosmos. Su poema, que es parte del libro titulado *Presagio* (de 1923), dice así:

¡Cómo me duermes al niño,
enorme cuna del mundo,
cuna de noche de agosto!
El viento me lo acaricia
en las mejillas
y lo que canta en los árboles
tiene sonsón de nanita
para que se duerma pronto.
Suaves estrellas le guardan
de mucha luz y de mucha
tiniebla para los ojos.
Y parece que se siente
rodar la Tierra muy lenta,
sin más vaivén que el preciso
para que se duerma el niño,
hijo mío e hijo suyo (Salinas en Beuchot, 2003: 21).

Un recién nacido capta la fuerza del ser, su presencia. En éste no solo está el presente, sino también lo pasado, la tradición de sus ancestros, a la cual podrá aportar algo desde el ahora. Además, comenta Beuchot, está el ser como futuro, porque este niño es un cúmulo de posibilidades a desarrollar.

Luego, en *Respuesta a la luz*, del libro *Fabula y signo* (de 1931), Salinas presenta a otro niño:

Si, si, dijo el niño, sí.
Y nadie le preguntaba.
¿Qué le ofrecías, la noche,
tú, silencio, que le dabas
para que él dijera a voces,
tanto sí, que sí, que sí?
Nadie le ofrecía nada.
Un gran mundo sin preguntas,

vacías las negras manos
 –ámbitos de madrugada–,
 alrededor enmudece.
 Los síes –¡qué golpetazos
 de querer en el silencio!–,
 las últimas negativas
 a la noche le quebraban.
 Si, si a todo, a todo sí,
 a la nada sí, por nada.
 Allá por los horizontes
 sin que nadie –él solo: nadie–
 le escuchara, sigilosa
 de albor, rosa, brisa tierna,
 iba la pregunta muda,
 naciendo ya, la mañana (Salinas en Beuchot, 2003: 22).

Tanto Heidegger como Gadamer (y Aristóteles mucho antes que ellos) consideraban que la pregunta era lo más metafísico. Así, Beuchot opina que “mucho más lo es la respuesta metafísica, que tiene que ser una respuesta vital, vivencial...” (2003: 23). Este niño estaba vivo y no requería que nadie le interrogue nada, sin embargo con su afirmación, con su sí intenta dar respuesta a la pregunta sobre el ser y simplemente que porque sí. El ser es como un don que se acoge y admite, simplemente porque sí.

Salinas en este poema se refiere a “la persona amada, que recibe el ser del otro y le retribuye con el suyo...” (Beuchot, 2003: 23). En ello, comparte y participa del ser, siempre como obsequio, algo gratuito, como simple don, entonces, se es parte (de un modo pasivo) y se toma parte del ser (de un modo más activo). Esto recuerda a Beuchot otro poema del mismo autor, pero ahora del libro (de 1933) *La voz a ti debida*:

¡Qué alegría vivir
 sintiéndose vivido
 Rendirse
 a la gran certidumbre, oscuramente,
 de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
 me está viviendo.
 Que cuando los espejos, los espías
 –azogues, almas cortas–, aseguran

que estoy aquí, ya inmóvil,
con los ojos cerrados y los labios,
negándose el amor
de la luz, de la flor y de los nombres,
la verdad trasvisible es que camino
sin mis pasos, con otros,
allá lejos, y allí
estoy buscando flores, luces, hablo (Salinas en Beuchot, 2003: 24).

El ser es una alegría que brota ante la presencia no percibida de nosotros mismos en el otro, “en este caso, en el otro, que recibe de nosotros una presencia inopinada...” (Beuchot, 2003: 24).

Que hay otro ser por el que miro el mundo
porque me está queriendo con sus ojos.
Que hay otra voz con la que digo cosas
no sospechadas por mi gran silencio;
y es que también me requiere con su voz.
La vida –¡qué transporte ya!–, ignorancia
de lo que son mis actos, que ella hace,
en que ella vive, doble, suya, mía.
Y cuando ella me hable
de un cielo oscuro, de un pasaje blanco,
recordaré
estrellas que no vi, que ella miraba,
y nieve que nevaba allá en su cielo.
Con la extraña delicia de acordarse
de haber tocado lo que no toqué
sino con esas manos que no alcanzo
a coger con las mías, tan distantes.
Y todo enajenado podrá el cuerpo
descansar, quieto, muerto ya. Morirse
en la alta confianza
de que este vivir mío no era solo
mi vivir: era el nuestro. Y que me vive
otro ser por detrás de la no muerte (Salinas en Beuchot, 2003: 25).

El otro es más que un reflejo del yo en un espejo. El otro resulta mucho más, siendo aquél que participa de nuestra vida y ser, compartiendo de alguna

forma nuestras experiencias, que ahora son comunes a ambos, como si fueran prestadas por otra persona, haciéndose en cierta medida ajenas. Por ello se recuerda lo no experimentado. Morir o vivir es con los otros, entonces, los entes son entre sí compañía, así se descubre el ser-con-los-otros.

Octavio Paz es otro de los poetas que cita Beuchot. Este último centrará su atención en trozos del poema del primero, titulado *Piedra de sol*, porque en uno de ellos se habla de una forma particular de universalizar, de abstraer, haciendo que algo único se haga paradigma o modelo para muchos.

tigre color de luz, pardo venado
 por los alrededores de la noche,
 entrevista muchacha reclinada
 en los balcones verdes de la lluvia,
 adolescente rostro innumerable,
 he olvidado tu nombre, Melusina,
 Laura, Isabel, Perséfone, María,
 tienes todos los rostros y ninguno,
 eres todas las horas y ninguna,
 te pareces al árbol y a la nube,
 eres todos los pájaros y un astro,
 te pareces al filo de la espada
 y a la copa de sangre del verdugo,
 yedra que avanza, envuelve y desarraiga
 al alma y la divide de sí misma... (Paz en Beuchot, 2003: 26-27).

Lo que Beuchot llama iconicidad está presente aquí, siendo ella una forma de universalizar propia de la poesía, donde se presenta lo universal desde lo que es particular. Aquí una joven, una muchacha muy especial, en los versos del poeta, pasa a convertirse en referencia de todo y ningún rostro y nombre.

Pero también ocurre lo opuesto. Lo que es universal desemboca en lo particular, perdiendo su carácter referencial. Sigue el poema de Paz:

rostro de llamas, rostro devorado,
 adolescente rostro perseguido,
 años fantasmas, días circulares
 que dan al mismo patio, al mismo muro,
 arde el instante y son un solo rostro
 los sucesivos rostros de la llama,

todos los nombres son un solo nombre,
todos los rostros son un solo rostro,
todos los siglos son un solo instante
y por todos los siglos de los siglos
cierra el paso al futuro un par de ojos... (Paz en Beuchot, 2003: 28).

Buscar al ser es procurar el amor. Ser y bondad, ser y belleza van unidos, "se llaman el uno al otro..." (Beuchot, 2003: 28). Continúa Paz hablándonos de dos enamorados:

no hay tú ni yo, mañana, ayer, ni nombres,
verdad de dos en un cuerpo y alma,
oh ser total...

cuartos a la deriva
entre ciudades que se van a pique... (Paz en Beuchot, 2003: 28).

Los enamorados aquí tocan el mismo ser y nos muestran lo más universal. El amor, el odio, el miedo, la angustia, la tristeza nos presenta al ser. Afectos y emociones ayudan a descubrir al ser, porque éste es vínculo. La vivencia del ser es también simbolicidad. Afirmar Beuchot que "cada ente es un símbolo, y el ser, que los une, es lo más vinculante, es la simbolicidad misma que los anima..." (2003: 29). Prosigue Paz con su poema:

invisibles, las máscaras podridas
que dividen al hombre de los hombres
al hombre de sí mismo
se derrumban
por un instante inmenso y vislumbramos
nuestra unidad perdida, el desamparo
que es ser hombres, la gloria que es ser hombres
y compartir el pan, el sol, la muerte,
el olvidado asombro de estar vivos... (Paz en Beuchot, 2003: 29).

El ser se ofrece en la experiencia que todos entendemos, Beuchot comenta, se manifiesta en lo individual que se hace común, en lo común a todos.

el mundo se despoja de sus máscaras
y en su centro, vibrante transparencia,
lo que llamamos Dios, el ser sin nombre,
se contempla en la nada, el ser sin rostro
emerge de sí mismo, sol de soles,
plenitud de presencias y de nombres... (Paz en Beuchot, 2003: 30).

Aquí Beuchot contempla una experiencia próxima a la mística, donde se desbordan los sentidos, las presencias y el ser mismo al considerar a Dios, a veces máximo ser, a veces la nada. Se debe aclarar que “no es que se trate de una aniquilación de Dios, sino de que incluso en la nada, que es el anti-ser, se percibe la presencia de ese ser que trasciende a todos los seres...” (2003: 30). Es más que presencia, porque se percibe hasta en la ausencia del ser. Dios “es el modelo de todo sentido; por eso surge como un sol de presencias y de nombres...” (Ibídem).
Añade Paz:

rompe amarras el cuerpo, zarpa el alma,
perdemos nuestros nombres y flotamos
a la deriva entre el azul y el verde,
tiempo total donde no pasa nada
sino su propio transcurrir dichoso... (Paz en Beuchot, 2003: 31).

La plenitud de la presencia acogedora, construida por todos, resulta muy real y creíble, vivible. Nos conectamos con los demás con ayuda del ser. Beuchot indica que la llamada analogicidad nos sitúa entre el ser y el no ser y en vista que el ser es símbolo, también nos vincula y permite compartir la vida y el ser.

-¿la vida, cuándo fue de veras nuestra?
¿cuándo somos de veras lo que somos?,
bien mirado no somos, nunca somos
a solas sino vértigo y vacío,
muecas en el espejo, horror y vómito,
nunca la vida es nuestra, es de los otros,
la vida no es de nadie, todos somos,
la vida –pan de sol para los otros,
los otros todos que nosotros somos–
soy otro cuando soy, los actos míos
son más míos si son también de todos,
para que pueda ser he de ser otros,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia,
no soy, no hay yo, siempre somos nosotros,
la vida es otra, siempre allá, más lejos,
fuera de ti, de mí, siempre horizonte,
vida que nos desvive y enajena,

que nos inventa un rostro y lo desgasta,
hambre de ser, oh muerte, pan de todos... (Paz en Beuchot, 2003: 31-32).

La insistencia de Levinas se constata. “Somos en función del otro...” (Beuchot, 2003: 32). No al percatarnos de nuestro yo, sino al descentrarse de uno mismo, cuando nos damos, al donarnos a los otros. Al vencer el narcisismo nos encontramos con los otros; éste es el momento cuando el poeta percibe que se da una apertura al ser, que nos convoca y jalona. Por ello es que clama:

puerta del ser, despiértame, amanece,
déjame ver el rostro de este día,
déjame ver el rostro de esta noche,
todo se comunica y transfigura,
arco de sangre, puente de latidos,
llévame al otro lado de esta noche,
adonde yo soy tú somos nosotros,
al reino de pronombres enlazados,
puerta del ser: abre tu ser, despierta,
aprende a ser también, labra tu cara,
trabaja tus facciones, ten un rostro
para mirar mi rostro y que te mira,
para mirar la vida hasta la muerte,
rostro de mar, pan, de roca y fuente,
manantial que disuelve nuestros rostros
en el rostro sin nombre, el ser sin rostro,
indecible presencia de presencias... (Paz en Beuchot, 2003: 32-33).

Beuchot afirma que en la intimidad de la experiencia personal se nos muestra el ser. No en la teoría universal, ni en el discurso teórico. Lo abstracto y lo concreto se encuentran, lo múltiple y lo uno se juntan, lo universal y lo particular conviven y brota la vida, traída a la existencia por el ser, que ahora es conocimiento denso y hondo, misterioso, pero explicable. “La poesía es metafísica asombrada, asombrada de ella misma, de sus potencialidades y sus contenidos, con el asombro aquel que Aristóteles, al comienzo de su *Metafísica*, ponía como condición del poder filosofar...” (2003: 33-34).

Mauricio Beuchot concluye este capítulo aseverando que Heidegger tenía razón al decir que *el Ser de los entes canta en la poesía*. En ella puede encontrarle. Hasta aquí el primero está de acuerdo con el segundo. Sin embargo, ellos se distancian, porque el último termina declarando que para él es imposible desde

ahora una metafísica, así que prefiere a la poesía como su resguardo o refugio. Beuchot nos insiste en la posibilidad de una metafísica que considere a la poesía, creyendo en que se puede conjugarlas, puesto que en lo artístico de manera privilegiada se da y muestra el ser.

II.- UNIVERSALIDAD POÉTICA Y UNIVERSALIDAD METAFÍSICA

¿Cuál es el tipo de conocimiento que le es propio a la poesía y a la metafísica? Responder esta pregunta nos resulta necesario para poder relacionarlas. Mauricio Beuchot piensa que es falso decir que la poesía solo puede dar un conocimiento de lo concreto, mientras que la metafísica nada más aporta un conocimiento sobre lo abstracto. Ambas manejan tanto la universalidad como la particularidad. Por su parte, la metafísica se ve obligada a decir sobre lo concreto del individuo, si no poco contribuirá en su vida. Por otro lado, la poesía debe extenderse más allá de lo particular, hacia lo universal, para así superar las coyunturas y la ocasión que la suscitan, haciéndose de esta forma aguda, substancial y densa.

Si la poesía posee algún tipo de universalidad, la metafísica podrá utilizarla, sin que pierda su potencia significativa. Beuchot quiere confrontar lo abstracto en ambas, porque parece “que la metaforicidad que predomina en la poesía tiene que ser reducida a la metonimicidad que predomina en la metafísica...” (2003: 36). Metáfora y metonimia colaboran entre sí en la reflexión y el argumentar humano, siendo capaces de llegar hasta el mismo ser.

Beuchot recuerda que Aristóteles, en su *Poética*, indicaba “que la poesía es más filosófica que la historia...” (Beuchot, 2003: 36). La segunda describe y relata lo concreto, nos habla de los sujetos y sus acontecimientos, de lo ocurrido en lo universal, mientras que la primera pretende lo universal visto desde lo particular, desde el instante se busca la eternidad. Aparece así una metanimidad que brota de la metaforidad, también la iconicidad. El icono es signo que da cuenta del todo desde los fragmentos. “Al hablar el poema de un personaje, de un acontecimiento, los hace universales, les señala y resalta su aspecto universal, su aspecto válido para todos...” (Beuchot, 2003: 37). El poema logra que la historia se haga universal, permitiéndole que no muera.

Así el poeta trasciende la historicidad. Hace que lo ocurrido en la historia pase ahora a formar parte de la eternidad. Con ello, “al hacer universal lo histórico, lo temporal, es a lo que en verdad apunta al metafísico, que trata de fijar el tiempo en el ser, y que, en el fondo, integra al tiempo en el ser, como quería

Heidegger...” (Beuchot, 2003: 37). La poesía integra tiempo y ser y al hacerlo le da vida a lo universal, a lo meta y a lo trans-histórico que hay en ser.

Gastón Bachelard, señala Beuchot, reconoce que la poesía es capaz de dar cuenta de lo universal desde lo particular. En ella se pueden conjugar los instantes del tiempo (lo sucedido y la eternidad), haciendo uso de un discurso diferente. El tiempo cambia en la poesía. En ella es vertical, profundo, gana perspectiva metafísica. Mientras que la prosa da explicaciones, la poesía repliega, conjura, implica. Bachelard afirma la poesía contiene un misterio andrógico.

Beuchot aquí comenta: “me parece que lo que Bachelard quiere resaltar es la condición de la poesía como no meramente esto o su contrario, es decir, no como algo unívoco ni algo equivoco, sino como algo analógico...” (2003: 40). Puesto que para Beuchot en la analogía priva la diferencia sobre la semejanza, es según su entender mejor decir la poesía contiene un misterio casi andrógico. En ella confluyen las diferencias, lo distinto, siempre jalonadas por las semejanzas, pero evitando llegar hasta identidad perfecta. Entonces, la analogía impone sus límites y en ellos los opuestos se corresponden. Lo que corresponde debe darse por lo inteligible que intuye la analogía.

El poeta se convierte en guía para el metafísico, ubicándose, donde debe también ubicarse el metafísico, más allá de la dualidad sujeto-objeto. Comenta Beuchot que “se sitúa más bien en su cruce, en el entrecruce del hombre y el mundo...” (2003: 43), en el lugar donde dejan de ser uno y otro y pasan a conectarse por la analogía. El poeta supera la subjetividad y alcanza la objetividad, yendo más allá de lo individual hacia lo universal, al explorar su carácter de causa formal, su iconicidad. Se hace persona y forma indistintamente, siendo forma por ser persona y siendo forma es causa (formal y eficiente, llegando a ser causa universal). El símbolo, el icono, el paradigma nos conducen en el tránsito de lo particular a lo universal, nos conectan con el todo y su sentido.

Y es la poesía quien lo hace, la que con su capacidad de representación y de expresión, es decir, con su capacidad de salto y de ruptura, nos hace acceder a una abstracción insospechada a partir de su individualidad más pura y escondida (Beuchot, 2003: 44).

Gadamer concluye que metafísica y poesía están relacionadas, tienen mucho en común, por la especulación. La poesía alcanza grados de universalidad por su empeño especulativo, por sus propias fuerzas. Ella, siendo metafórica, posee potencia metonímica y con ésta salta a lo universal. El lenguaje del poeta

resulta icónico, se torna referencia, ejemplar, tanto así que repercute en los demás, siendo lugar desde el cual se establece un diálogo, donde aparecen correspondencia y acuerdo que permiten la universalidad. “Esta es la universalidad poética, previa si se quiere, a la ontológica, pero preparatoria a ella...” (Beuchot, 2003: 46).

El carácter icónico de la poesía la hace capaz de producir un tipo de conocimiento, porque la hace signo competente para transmitir la cualidad que representa. Así la misma poesía puede servir de enlace con la filosofía. Tal carácter icónico hace que la metáfora sea en potencia metonímica. Con ello, la poesía tiende hacia lo universal, hacia un conocimiento universal que requiere la metafísica.

Charles Sanders Peirce, nos explica Beuchot, trabaja la relación entre metáfora e icono, identificando lo icónico con la lírica (liricidad o lirismo). La última interviene la realidad de manera metafórica, haciendo verosímil su argumentación sobre la misma, con el uso de la retórica y la poética. Román Jakobson retoma la obra de Peirce y analiza la poesía desde la iconicidad, notando que en la poesía predomina la metáfora y en la metafísica la metonimia y que, si la metáfora se líguese a la metafísica, lo haría metonímicamente. La metonimia universaliza, abstrae, tiene un papel abductivo. Beuchot ahora propone desde los aportes de Jakobson revisar lo que es una imagen.

Las imágenes están a medio camino entre la metonimia y la sinécdoque. En la poesía, la imagen sirve de enlace entre sinécdoque y metáfora y, a la vez, conecta a ésta última con la metonimia, en vista que la metonimia se encuentra ligada a la sinécdoque. Entonces, en la poesía, la metonimia es metafórica y la metáfora metonímica. Beuchot acota siguiendo a Jakobson:

hay un punto (sobre todo en la poesía) en el que se tocan y se juntan metáfora y metonimia, es decir, la metáfora, que predomina en el ámbito poético, está habitada por ingredientes metonímicos, no es ajena a esa pulsión icónica y abductiva que tiende hacia lo explicativo-filosófico, pero que tiene que ser ayudada por la filosofía para hacerlo, para educir su contenido metafísico (2003: 30-31).

Así como la metáfora no puede deshacerse de lo metonímico, parece que tampoco la poesía se desentiende de lo referencial en favor al sentido. Lo referencial persiste en la metáfora, dice Beuchot, porque ello es lo que permite llegar a lo explicativo y universal por vía de la reflexión intelectual y racional. “Ésta es la manera en que, a partir de la poesía, se puede construir en metafísica...” (Beuchot, 2003: 31).

Beuchot apunta hacia la relación entre lo apolíneo y lo dionisiaco de Nietzsche. Éste último intento armonizar tales fuerzas antagónicas, realizando actos de ponderación (frónesis) y de proporción (analogía). Considerando que en las analogías predominan las diferencias, en tal armonización aparecerán desniveles, claroscuros.

No se debe confundir la poesía con la filosofía. La primera corresponde a lo dionisiaco, mientras la segunda a lo apolíneo. Pero en los presocráticos, por ejemplo, poesía y ciencia hacían parte de la filosofía. A veces, la filosofía parecía científica, a veces poética. Cabe preguntar ¿Cómo armonizarlas? ¿Cómo lograr la proporción deseada? Beuchot recuerda que en la analogía la equivocidad prevalece sobre la univocidad. En una filosofía analógica predominaría poesía sobre la ciencia, el ímpetu poético sobre el formalismo científico.

Un filósofo puede hacer poesía o un poeta filosofía. Señala Beuchot “creo que un filósofo que asuma la poesía será el que mejor haga esa filosofía que buscamos...” (2003: 52). Sin embargo, se aclara que alguna de las dos se impondrá y esto dependerá del carácter del pensador. Paul Ricoeur y Octavio Paz consideran que “en la metáfora hay una carga ontológica...” (Beuchot, 2003: 53). Por consiguiente, resulta muy válido decir que desde la poesía (propiamente metafórica) pueda surgir algo metonímico, que tienda a la metafísica. Esto ocurrirá porque el poeta que pasa a ser filósofo o porque el filósofo atiende a la poesía. Así se podrá concebir una metafísica distinta.

Bachelard nos señalaba que “la poesía era metafísica instantánea...” (Beuchot, 2003: 54), pero la metafísica filosófica pretende fijar lo instantáneo para que no se haga efímero y así no se pierda en el mismo instante. Mauricio Beuchot comenta que eso se puede hacer por la analogía, que nos auxilia en el empeño por alcanzar una síntesis, donde lo metafórico se puede conjuntar con lo metonímico.

III.- POESÍA, METAFÍSICA Y ANALOGICIDAD

El punto de cruce entre la poesía y la metafísica es el objetivo de nuestra búsqueda ahora. Pero “¿Cómo evitar malentendidos? ¿Cómo evitar mezclas simplistas? ¿Cómo lograr que cada una conserve su especificidad y, sin perderla, ayude y beneficie a la otra?...” (Beuchot, 2003: 55). En su intento por ayudar a la metafísica, la poesía puede extraviar su riqueza universal y caer en pobres particularismos. Mientras que la metafísica en su afán por ser cercana al ser humano puede perder su vocación. El temor es que una quiera suplantar a la otra. Por

ello, nos aclara Mauricio Beuchot que es primordial “dar a cada una su lugar, su ubicación propia...” (2003: 55).

Hacer poesía es sólo posible por la analogía. Ella, la poesía, se muestra como metonimia y metáfora, especialmente como la última, como símbolo, teniendo mucho de misterio y de mito. Beuchot opina que Albert Béguin y Octavio Paz ya nos lo habían señalado en relación a los románticos, movimiento que determina lo poético moderno o tardomoderno.

Béguin reflexiona una idea de las analogías, que aparece en una metafísica oriental: uno debe dejarse pasivamente ante la ley de la analogía universal, suprimir las facultades conscientes. De esta forma, se supone que se abrirán procesos de integración con el ser, generándose una unidad con éste que reproducirá la imagen de unidad del cosmos. Los poetas surrealistas tomaron por este camino. Beuchot considera atractivo al mismo “porque transforma la poesía en un conocimiento profundo del ser, una especie de metafísica simbólica, o, tal vez mejor aún, en un sucedáneo de la metafísica, o en auxiliar de la misma...” (2003: 57).

La poesía no es propiamente metafísica, pero se encuentra ligada a ella. Tampoco parece ser teología, sin embargo, es acto teológico, pues con ella se nombra a los dioses (y al Ser) y se traducen sus mensajes al pueblo, haciéndola también un acto profético. Entonces, la poesía posee un substrato mitológico, se fundamenta en mitos y se expresa con símbolos, que son el lenguaje de los dioses. La poesía resulta esencia histórica, no vacío. Ella nombra con las palabras y, nos acota Beuchot, “la esencia de la palabra se esclarece por la esencia de la poesía...” (2003: 59).

Entonces, “la poesía es, así, una captación del ser (y / o no ser), pero de una naturaleza singular, propia, no reductible a la metafísica, aunque muy cercana, o un segmento de su proceso...” (Beuchot, 2003: 59). Ella es símbolo y signo-imagen, en la poesía se presenta iconicidad, siendo también analogía e icono. El poeta reproduce el contenido simbólico y hace uso de la analogía, señalando el camino para alcanzar el sentido. Béguin revisa a Reneville e identifica otro camino, donde la analogía no es suficiente para captar la realidad absoluta, por ello se requiere nutrirla con estudio y trabajo, con atención disciplinada.

La poesía pasa a ser conocimiento distinto al filosófico en cuanto a método y resultados. Lo irracional en la poesía o lo racional en la filosofía-metafísica son distintos entre sí.

El filósofo puede hacer poesía, como lo ha hecho desde Parménides hasta Unamuno; pero en cuanto poeta, no en cuanto filósofo, no le competiría formular una metafísica o una ética. El filósofo puede ser poeta; pero hará filosofía siempre en cuanto filósofo, no en cuanto poeta aun cuando lo haga con poesía. Es decir, nunca hará filosofía en cuanto poeta, pues allí se está violando el cerco, los límites. Por eso, el poeta solo, sin el filósofo, o el hombre con su solo lado poeta, sin su lado filósofo, no se basta para hacer metafísica (o ética) (Beuchot, 2003: 61).

De igual forma, como indican Raïssa y Maritain, lo poético es diferente a lo místico, lo religioso y lo filosófico. Todos ellos aspiran al Ser y a la Trascendencia, pero de forma diferente. Beuchot nos dice que la poesía y la filosofía se distinguen porque la primera los conocen (al Ser y la Trascendencia) por la analogía de proporcionalidad impropia (la metáfora), mientras que la otra por analogía de proporcionalidad propia (la metonimia). En ocasiones, la filosofía acudirá a la metáfora, pero por ello no hará poesía y dejará de expresar su conocimiento de manera que le es propia. La intuición del poeta lo empuja a apelar a la imaginación y a la emoción y la filosofía tiende a la razón y la voluntad.

Con respecto a la relación entre poesía y mística, Beuchot recuerda que hay grandes místicos que fueron grandes poetas, pero reconoce que en la poesía no siempre hay una intención de alcanzar lo trascendente o religioso; puede aparecer en la poesía la intuición mística, pero no le es constitutiva. El místico prefiere y recurre a la poesía, con su emoción y sentimiento, para expresar aquello que aquél ha renunciado a expresar intelectivamente.

No es bueno caer en la tentación de sobre-exaltar a la poesía, ni por encima de la metafísica, ni de la mística. Es oportuno darle su justo lugar, marcar sus límites y con ello no se desmerece a la poesía, comenta Beuchot. Pero algunos han exaltado en exceso a la poesía, invadiendo campos que no le corresponden. Paul Ricoeur dice que el poeta guarda la memoria del dolor, que fue causado por el hombre al mismo hombre, la memoria del sentimiento culpable, para que con una ética se prohíba el mismo, pero con ello el poeta no es moralista, no construye ninguna propuesta ética o moral. “Siempre la poesía será un conocimiento y una expresión más borrosa y ambigua que la filosofía...” (Beuchot, 2003: 63).

La poesía demuestra a la filosofía que existen otras vías para expresar lo que es inexpressable para el lenguaje filosófico. La filosofía le muestra a la poesía que el lenguaje no es un orden cognoscitivo perfecto y de que lo poético no puede alcanzar naturalmente al lenguaje filosófico, llamando al poeta a ser humilde. La

mística se sirve de la poesía para decir lo que el místico constata humildemente que no sabe cómo decir, no tanto porque la poesía sea el perfecto canal de comunicación, sino porque no queda otro medio para expresarlo. Dejemos aquí las odiosas comparaciones, pero era muy oportuno hacerlas, para poner cada cosa en su lugar, comenta Beuchot.

Poesía, metafísica y mística coinciden en dirigirse hacia una armonía profunda, un centro originario. Freud lo llama sentimiento oceánico. Wittgenstein lo denomina como lo místico. Heidegger lo descubre en los románticos alemanes y señala que “no es otra cosa que la experiencia profunda del ser, que es vivida como un retorno, con algo de eterno retorno nietzscheano, hacia algo originario...” (Beuchot, 2003: 64). Los presocráticos, Tales de Mileto y Amaximandro lo ven en el *arche*. Todos los filósofos, según Heidegger, viven la misma experiencia: la del ser.

Por consiguiente, Beuchot nos afirma que poesía, metafísica y mística captan es al ser y sus fundamentos, pero, como ya se ha dicho, lo hacen de manera diferente.

en metafísica se capta la totalidad como totalidad, su lado abarcador; en la mística se capta lo que sobrepaja a esa totalidad, su lado trascendente o religioso; y en la poesía se capta la belleza inmanente a la totalidad, su lado estético. Pero lo que se capta, en definitiva es el ser, la totalidad, la superación del solo fragmento, inflamado ya de proyección icónica hacia el todo (Beuchot, 2003: 64-65).

Por ello, como ha insistido Ramón Xirau, la poesía es ciertamente conocimiento, pero hay que distinguir qué tipos de saber.

La analogía es la clave. Octavio Paz, menciona Beuchot, dice que aquélla ha sobrevivido al cristianismo y al cientismo. Para la poesía moderna, la analogía ha sido principio anterior a todo principio y manifestación propia de la poesía. Entonces, “las rimas, las aliteraciones, las metáforas y metonimias, no son sino modos de operación del pensamiento analógico...” (2003: 66). La poesía es secuencia espiral que retorna sin fin a su comienzo. Si el poema se refiere al universo, la analogía hace de él otro universo. Así, la analogía es mayor que la metáfora y la metonimia, las contiene a ambas y, al mismo tiempo, a las formas básicas de iconicidad. Y como el mundo se lee con estas categorías, el mundo se descifrará y codificará con las analogías.

Paz en *Los hijos de limo* explica que “la analogía es el reino de la palabra como, ese puente verbal que, sin suprimirlas, reconcilia las diferencias y oposi-

ciones...” (Paz en Beuchot, 2003: 67). La poesía (con la analogía) hace habitable al mundo, porque disminuye aquello que resulta extraño, haciéndolo familiar, dándole sentido y coherencia a lo que está disperso y confuso. Beuchot indica que la poesía hace, en términos heideggerianos, del ser un ente y del ente un ser, logrando que se armonicen esencia y existencia, en términos metafísicos. Lo cual parece peligroso. Heidegger, coincide con Paz, al reconocer que ciertamente la poesía hace habitable al mundo, pero advierte sobre la inocencia y el riesgo de esto, puesto que al posibilitar el paso del ente al ser, “se puede perder o diluir su vitalidad...” (Beuchot, 2003: 67), porque hace unívoco lo análogo.

La analogía cubre con su simbolicidad al mundo, otorgándole sentido, haciendo humano y que deje de ser una simple cosa, en términos de Cassirer. Con Paz, se reconoce que la analogía con su *como*, por un lado, con la metonimia es iconicidad, y, por el otro, con la metáfora, es ocasión para fusionar, ocultar. Beuchot, interpretando las ideas de Paz, señala que podría decirse que el hombre es un animal analógico “para lo cual tiene que estar dotado de logos, de razón y palabras; pero *ana-lógico*, es decir, que ve la proporción; razones y proporciones que lo hacen ser, moverse y relacionarse con el mundo ya no como un extraño...” (2003: 69). Por el símbolo, el hombre se hace un microcosmos y encuentra en sí mismo la clave para comprender a los otros humanos y al mismo mundo, para captar lo que quieren decir y referirse a ello ahora en términos de poesía.

El universo es lenguaje, metáfora de metáfora, metáfora tras metáfora. El poeta decodifica, traduce este lenguaje. Por ello, el poeta no crea, solo traduce, encuentra la clave para copiar y entender lo que se registra. Lo original del universo no es estático, sino dinámico, vivo y movido, siendo no unívoco, no equivoco, sino analógico. La analogía como metáfora desde su reino del *como*, lo que realiza inicialmente es comparaciones, fusionando u ocultando lo desigualdad. Luego como metonimia agrupará las semejanzas que la metáfora pretende esconder, universalizará las coincidencias y producirá un tipo de conocimiento desde la abstracción. “No solamente la metáfora, también hay que recuperar, preservar y cuidar o mantener la metonimia en la analogía...” (Beuchot, 2003: 71).

Metonimia y metáfora, metafísica y poesía juegan en pro del conocimiento humano. Nos dice Beuchot que:

lo sacuden a veces hacia la equivocidad de lo múltiple, a veces hacia la univocidad de lo ideal. Pero lo dejan al fin y al cabo en la analogía, intermedia entre los entes dispersos y el uno que no tiene esquinas. Lo colocan en el ser del ente, y en el ente del ser, en la confluencia de ambos, en el ente al que le es respectivo

un ser; en lo analógico, que abre la puerta a la metafísica, por la poesía, con la llave de la iconicidad cumplida (2003: 73).

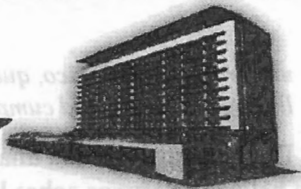
Darle su lugar a cada una de ellas beneficia al conjunto. La poesía condensará la belleza en versos sobre lo concreto, expresando lo universal que se puede ver desde lo particular. La metafísica aprovechará la disposición a lo universal para alcanzar la universalidad, sin traicionar lo concreto, siendo ahora una universalidad analógica, como corresponde, según Beuchot, a una filosofía del ser.

IV.- REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

Beuchot, M. (2003): *El Ser y la poesía. El entrecruce del discurso metafísico y el discurso poético*. México: Universidad Iberoamericana.



UCAB



La Facultad de Teología de la UCAB, Universidad Católica «Andrés Bello» de Caracas, ofrece las siguientes opciones de carreras con los correspondientes certificados y títulos.

TÍTULOS CIVILES EXPEDIDOS POR LA UCAB

-UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO, DE CARACAS-

- **Licenciatura en Teología**, tras los seis años de estudios filosóficos y teológicos, como estudios de pregrado para obtener la Licencia.

- **Maestría en Teología**, tras los dos años de estudios especializados, en el área de postgrado en Teología con una de sus cuatro menciones:

- **Maestría en Teología Pastoral**
- **Maestría en Teología Espiritual**
- **Maestría en Teología Bíblica Pastoral**
- **Maestría en Teología Fundamental**

Para el acceso a los estudios de las Maestrías, se exigen estudios de pregrado en Teología con el título correspondiente; o haber cursado la nivelación teológica ofrecida en el **Programa de Estudios Avanzados en Teología** o su equivalente en el área de postgrados.

Estos estudios están abiertos especialmente al laicado católico con títulos universitarios y se tienen en la sede del mismo ITER de Caracas. Puede verse mayor información a propósito del CIET aquí mismo en esta revista.

Para mayor información dirigirse a ITER- Instituto de Teología para Religiosos, 3ª Avenida con 6ª Transversal (E. Benaim Pinto) Altamira. Apartado de Correos 6886 Caracas 1061-A. o llamar a los teléfonos (0212) 261.8584. Fax (0212) 265.0505. E-mail: contacto@iter-ups.org.